



# El ojo perdido

---

*Yo soy aquel que abre los ojos, y se hace la luz; cuando  
Cierra los ojos, se cierne la oscuridad.*

HABLA EL DIOS RA, PAPIRO TURIN, 1300 a.C.

Extraído de : “**Atrapando La Luz**”, (páginas 40, 41, 42). Arthur Zajonc, Editorial Andrés Bello, primera edición diciembre de 1994.

Dos ojos velaban por la civilización del Nilo, los “dos ojos de Horus”, el sol y la luna. En el antiguo Egipto no existía símbolo más poderoso que la mirada del dios-sol Ra. Su ojo –el sol- era creativo su visión era la vida misma. Se decía que la humanidad había nacido de las lágrimas de esos ojos. En egipcio, las palabras que significaban “lágrimas” y “hombres” sonaban parecidas.

La naturaleza de la luz era clara para los egipcios. Como el sacerdote escriba lo expresó en este fragmento de hace 3.300 años, Ra “abre los ojos, y se hace la luz: cuando cierra los ojos, se cierne la oscuridad”. La mirada de Ra era la luz del día. Para los hombres y mujeres de esa civilización, permanecer a la vista de su dios-sol. El poder de la visión para iluminar el mundo cobraba universalidad y se proyectaba en gran escala, convirtiéndose en el resplandor del día. La mirada de Dios era la luz. *La luz era Dios viendo.*

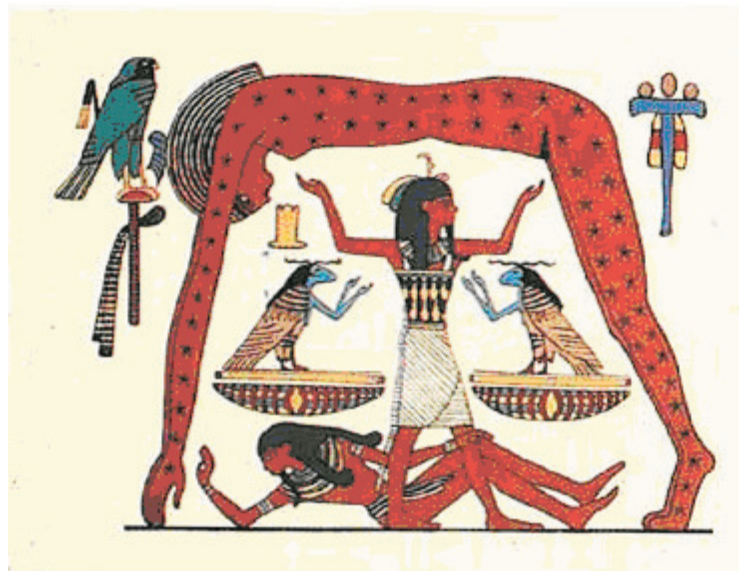
Eso nos recuerda a los griegos, quienes sentían la fuerza de su visión, la “luz” de sus ojos, y desarrollaron una teoría de la vista basada en esa experiencia. La mitología egipcia, con su multitud de historias sobre los ojos de Horus o Ra, nos indica que antes de la luz individualizada de la teoría visual de los griegos, la solar misma se sentía como una emanación de un ojo, el ojo de dios-sol Ra. En ninguno de ambos casos era una sustancia ni una cosa, sino que se sentía como el poder de la vista. Ver era iluminar. Para **Empédocles**, el ojo humano era como un farol encendido en la llama primordial de la creación. Al abrirse, derramaba sus rayos en el mundo y el hombre veía. Para el sacerdote egipcio, el sol mismo era un ojo que al abrirse traía el día y al cerrarse la noche. El parentesco entre el ojo y el sol se sintió hondamente durante muchos siglos, desde el antiguo Egipto hasta los místicos medievales. En las mitologías griegas y persa reaparece una imagen idéntica: el sol y la luna son los ojos de los dioses que moran en el firmamento.



La primera respuesta a nuestra pregunta -¿qué es la luz?- debe ser pues la siguiente: es la vista de Dios. La humanidad, formada a partir de las lágrimas de Ra o por intermedio de su visión, participa en cierto grado de su naturaleza, como si fuéramos dioses caídos. En tiempos de los filósofos griegos, nosotros, al igual que os dioses, iluminábamos el mundo con nuestra mirada. La visión de Ra ilumina el cosmos; la vista del hombre ilumina el mundo.

El paso de la iluminación universal y del ojo divino al humano está bellamente contado en la historia egipcia del “ojo perdido” de Horus o Ra, que aparece con muchas variaciones dentro de la mitología egipcia. El Ojo del dios supremo de Egipto se alejó de su curso cuando el sol se perdió en las acuosas honduras de este mundo y vivió como leona en las montañas del levante. Ra envió a Shu y Tefnut en su busca, pero cuando hallaron el Ojo y lo regresaron al rostro de Ra, éste se había confeccionado otro para reemplazarlo. El Ojo original se ofendió, pero el dios Thoth lo apaciguó y lo curó. Ra fue aún más lejos y le concedió un lugar dentro de la forma de serpiente cerrada del *uraeus*, y lo colocó en medio de su frente “donde podría dominar el mundo entero”. En los retratos de los faraones, este mismo emblema reposaba sobre sus cabezas. El Ojo de Ra, el Sol, ya no estaba en libertad de vagabundear a su antojo, sino que ahora permanecía eternamente rodeado por áspid-serpiente. Delimitado e individualizado por el poder de la serpiente, se convirtió en dueño de *este* mundo. Por eso el omnímodo faraón aparece coronado con el *uraeus*. El ojo de Ra deviene ojo del hombre, y la luz divina luz del hombre.

La luz era y sigue siendo un aspecto de Dios. Imaginada de mil maneras, como visión o ángel o muchas otras cosas, ha sido inseparable del afán humano de representar el espíritu. De Egipto pasamos a la antigua Persia, donde la luz, la oscuridad y lo divino se unen para formar un deslumbrante universo religioso.



Reproducción moderna de un antiguo y común motivo egipcio de la Creación. En esta descripción, Shu, el dios de la luz y del aire (con los brazos levantados), separa a Nut, la diosa del cielo, de Geb, el dios de la Tierra, reclinado debajo. Deidades menores prestan su ayuda. La figura de halcón a la izquierda es Horus, el dios del Bajo Egipto, identificado más tarde con el faraón reinante. (Pintura de Brown).